



## LIBRARIUS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 31, n.º 114, julio-septiembre, 2026, e511698  
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL  
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA  
ISSN 1316-5216 / ISSN-e: 2477-9555  
Para citar utilice este ARK: <https://n2l.net/ark:43441/e511698>  
Deposito en Zenodo: <https://doi.org/10.5281/zenodo.21129805>



---

### Reseña de: Carolina Díaz Iñigo y Natalia De Marinis (Edt.) 2025. Indisciplinar las emociones: Cuerpos y política en el quehacer antropológico. México. CIESAS. Cátedra Jorge Alonso.

Rocío Andrea CASTILLO GARZA  
<https://orcid.org/0000-0003-1139-6373>  
castillo.rocio.a@gmail.com  
CIESAS, CDMX, México

---

#### INTRODUCCIÓN

¿Qué lugar ocupa quien investiga frente al dolor ajeno? Es una de las preguntas más importantes que Carolina Díaz Iñigo y Natalia De Marinis –editoras del libro *Indisciplinar las emociones: Cuerpos y política en el quehacer antropológico*– se hacen en la experiencia de realización de investigaciones y trabajos de campo atravesados por la violencia, el dolor y el despojo. Las editoras insisten en que no basta con “recoger testimonios”, pues hay una implicación ética y afectiva en escuchar dolor y sufrimiento, así como en atestiguar las violencias y sus memorias. Con una genealogía implícita de la antropología feminista de autoras como Ruth Behar y Nancy Sheperd-Hughes, se plantea cómo el dolor ajeno no es sólo un dato, es una interpelación.

El sufrimiento ajeno obliga a revisar cómo escuchamos, cómo escribimos, cómo acompañamos y qué hacemos con aquello que las personas nos confían. Pero, además, las autoras muestran que escuchar relatos de violencia, desplazamiento, desaparición, enfermedad,

cuidado, violencia sexual o violencia institucional afecta a quien investiga. Esa afectación no aparece como un problema que deba eliminarse para producir conocimiento “objetivo”, sino como parte del proceso de conocimiento. *Indisciplinar las emociones* es un libro cuya apuesta es reconocer las emociones como problema ético y dimensión fundamental de la producción de conocimiento. Si bien las emociones pueden ser sólo un dato, en el libro se discute que la afectividad que se produce en el trabajo de investigación y el trabajo de campo es un medio de conocimiento: tiene valor epistemológico.

En otras palabras, sentir no aparece como un obstáculo para conocer, sino exactamente lo contrario, como una vía para conocer de otro modo, y en muchos casos, para conocer lo sutil, lo complejo y lo profundo. Reflexionarlas, sentipensarlas, permite acceder a dimensiones de la vida social que de otro modo quedarían opacas, reducidas o mal nombradas. No sustituyen otras formas de análisis; sino que lo vuelven más fino, más encarnado y más históricamente complejo.

En este sentido, el libro no solo es enunciativo, sino que es un esfuerzo por transparentar de qué manera este potencial epistemológico de las emociones se pone en marcha. Cada uno de los diez capítulos del libro ensaya una exposición sobre qué ofrece comprender las emociones como herramienta epistemológica; y nos obliga a preguntarnos qué clase de conocimiento producimos cuando negamos, minimizamos o disciplinamos lo que sentimos en el trabajo de campo, pero también en el proceso analítico y de escritura.

Lejos de romantizar la afectación, las autoras de esta obra dejan ver cómo la aceptación y explicitación del sentir, de la afectación, que vive

quien investiga, no nos hace automáticamente mejores investigadoras/es. Más bien muestra que la afectación requiere un trabajo riguroso de reflexividad, cuidado, responsabilidad, escucha ética y conciencia de las relaciones de poder. La persona que investiga debe estar suficientemente cerca para dejarse afectar, pero suficientemente lúcida para analizar las estructuras que producen ese dolor; y ese balance no es nada fácil de lograr. Si bien en el libro se desarrolla ampliamente cómo acortar esas distancias, deja menos desarrollada la cuestión de cómo modular la cercanía: cuándo tomar distancia, qué hacer cuando el cuerpo se resiste o cuando la afectación bloquea más de lo que apertura.

### La forma colectiva del libro

*Indisciplinar las emociones* surge de una jornada de discusión colectiva realizada en 2025: "Antropología de las emociones. Experiencias metodológicas y de investigación en contextos de violencias". Frente a una creciente neoliberalización de la academia, donde se privilegia la productividad individual y aislada, la competencia y la acumulación acelerada de publicaciones, la producción colectiva resultado de una discusión intergeneracional y colectiva es una apuesta que desborda, por un lado, las lógicas neoliberalizantes, y por otro, las lógicas de jerarquización de la trayectoria colocando las voces de investigadoras con trayectorias consolidadas con investigadoras e investigadores con trayectorias emergentes en un mismo espacio de lectura, discusión y legitimidad. En ese sentido, el libro no solo aporta al campo teórico-epistemológico sobre las emociones, el cuerpo y la disciplina antropológica; sino que la forma misma del libro acompaña su argumento central: sus capítulos proponen una antropología más situada, sensible y relacional, y su modo de producción parece también apostar por ello.

En términos formales, el libro está organizado en diez capítulos, además de un prólogo, una introducción y un comentario final. Los diez capítulos del libro se agrupan en tres bloques temáticos. Someramente, el primero aborda las emociones en contextos de violencia, y desde

diversos temas, cuestiona la separación entre razón y emoción en la investigación social, y dan cuenta de manera muy clara de los aportes que hace una "antropología sintiente" –como la denomina Carolina Díaz– a la producción de conocimiento. El segundo se centra en los cuerpos, el territorio, el deterioro ambiental y las afectaciones y afectividades que atraviesan tanto a personas como a entornos a partir de estos contextos. Y el tercero pone más énfasis en formas emocionales de resistencia a través de los cuidados y de la sanación colectiva entre mujeres frente a distintos contextos de violencia (ya sea la violencia sexual, el desplazamiento forzado o la violencia en la atención de la salud materna). Si bien, como muchas obras colectivas la introducción funciona como una guía teórico-conceptual y política del libro, el comentario final, que es una práctica menos común, pero muy necesaria de las obras colectivas, anuda las discusiones teórico-políticas abordadas en los capítulos, planteando sus límites, sus riesgos y sus horizontes a futuro.

### Del dolor, de la responsabilidad ética y la producción de conocimiento sintiente

Esta apuesta encuentra uno de sus fundamentos más sólidos en el capítulo 1, de Myriam Jimeno, donde la autora muestra que construir el vínculo entre investigación antropológica, emociones y violencia situada en América Latina no implica psicologizar la violencia, sino tratar de comprender con mayor precisión la inscripción social e histórica del dolor, la autoridad y las desigualdades. Para Jimeno, 1) las emociones vuelven el análisis más fino, pues permiten captar matices del sentido; 2) lo vuelven más encarnado, porque reconocen la inscripción corporal del daño; y 3) lo vuelven más históricamente complejo, porque sitúan la vida afectiva dentro de procesos sociales de larga duración.

Con el andamiaje conceptual propuesto en la introducción por Carolina Díaz y Natalia De Marinis, y profundizado por Myriam Jimeno en el capítulo 1, de manera heterogénea, amarrado al contexto de estudio y la propia subjetividad y situacionalidad de cada persona autora, en *Indisciplinar las emociones* cada capítulo ensaya a

responder qué lugar ocupa quien investiga frente al dolor ajeno, y qué cambios en la producción de conocimiento se producen al poner la afectividad al frente.

Una segunda respuesta es que la subjetividad y nuestra experiencia afectiva nos brinda herramientas para comprender el mundo emocional de los otros. En este sentido, y como lo muestra Meztli Yoalli Rodríguez en el capítulo 5, el dolor y el duelo pueden convertirse en puente metodológico para lograr comprensiones más profundas de las experiencias de los otros. La autora narra cómo la muerte repentina de su madre a la mitad del proceso de investigación transforma su forma de comprender las “geografías de duelo” frente a la “muerte lenta” de las lagunas de Chacahua. Si bien recuerda cómo antes de su propio duelo podía reconocer y empatizar con la tristeza y el enojo de las personas, sólo comprendió la hondura de esos sentimientos hasta después de su propia pérdida. Para esta autora las emociones compartidas no eliminaron las jerarquías, desigualdades y diferencias entre ella y la comunidad donde realizó su trabajo de campo, pero sí permitieron otro modo de conexión, relación y teorización.

Enfrentarse al dolor desde una antropología sintiente, entonces, implica establecer otras formas de vínculo con las personas. Es lo que Carolina Díaz explora en el capítulo 2 del libro a partir de cuestionar la distancia “blanqueadora” que la antropología mexicana ha mantenido al generar conocimiento sobre “los otros”. El blanqueamiento no es sólo una jerarquización basada en la racialización, sino también un asunto epistémico y afectivo: una forma de formar investigadoras e investigadores bajo ideales de neutralidad, distancia y control emocional. A lo largo del capítulo, la autora muestra lo que implica hacer explícita la afectación como apuesta programática frente al blanqueamiento a partir de distintas experiencias de trabajo de campo. Una escucha y apertura afectiva planteada desde la vulnerabilidad reflexiva le permitió comprender cómo la resistencia frente a la violencia y al despojo no siempre toma formas espectaculares, sino a veces discretas, cotidianas y estratégicas —especialmente en contextos de fuerte

desigualdad de género y violencia extrema. El concepto de sutileza de la resistencia da cuenta de las estrategias emocionales sutiles que permiten sostener la vida ante el despojo y las múltiples violencias, revelando las condiciones brutales de la opresión a las cuales se intenta sobrevivir eligiendo cuidadosamente qué batallas pelear. El vínculo capaz de atender a las micro-dinámicas sociales (antes pensadas nimiedades de lo social) permite sentir y comprender las texturas más finas, y muchas veces invisibilizadas, de la opresión; sobre todo de sujetos con una capacidad de agencia más limitada.

Una cuarta respuesta a la pregunta que se ofrece en la obra es que quién investiga, ocupando el lugar de una escucha afectada que cierra distancias, intenta sentir el dolor narrado, muchas veces desde un dolor previamente vivido como sucede con el capítulo 7 de Arcelia Ibsét Suárez o en el capítulo 10 de Angélica Yasmín Dávila; o de un dolor sólo imaginado en la apertura empática; pero siempre con el cuidado de no fundirse en la experiencia ajena. Es decir, y como lo menciona Lizbeth Chávez en el capítulo 3, siempre reconocimiento que ese dolor “no es suyo” y que no puede arrebatarse ni reivindicarlo como propio; pero sí puede discutir y utilizar epistemológicamente lo que implica la cercanía en nuevas formas de acompañar y de vincularnos como una forma solidaria y restaurativa del vínculo humano. Ahí aparece una de las tensiones más potentes del libro: en la investigación ya no solo observamos el dolor, sino que también quedamos afectados por él, y en esta afectación prefiguramos formas distintas de relacionarnos. Ya no abogamos por una disciplina que intenta narrar neutralmente las violencias o sus respuestas a ellas como elemento cultural, sino que luchamos por una disciplina comprometida con mostrar las condiciones históricas y políticas que las hacen posibles, sin deshumanizar, en una interacción objetivizante, a quienes la sufren (incluyendo a las personas investigadoras).

Atreverse a sentir-se, y sentir a lxs otrxs se vuelve pieza clave para superar la objetivación de las personas con las que entramos en contacto afectivo, social y político. (Díaz Iñigo y De Marinis, 2025, p. 23)

Atreverse a sentir, a conectar desde la dimensión que nos da la cualidad de seres vivos – nuestra capacidad sintiente– se plantea como un atrevimiento, por el disciplinamiento a controlar, acallar y minimizar; relegando el mundo de posibilidades de comprensión que se ensayan y muestran en este libro.

### La escucha como problema etnográfico

El capítulo 4, escrito por Kellvin Aponte, me parece especialmente sugerente para la discusión sobre la escucha en una antropología sintiente, porque propone leer la crisis a partir de una “dialógica afectiva”. Esta idea permite pensar que no solo hay una gramática política, económica o institucional de la crisis (en este caso, venezolana), sino también una gramática emocional. Muchas veces las personas narran aquello que les importa, aquello que las ha marcado o aquello que les duele, a través de registros afectivos como el miedo, la frustración, la esperanza, el cansancio o la rabia. En ese sentido, el capítulo permite ver con mucha claridad que la escucha antropológica no puede limitarse únicamente a los contenidos declarativos del discurso, sino que debe atender también a la textura afectiva con la que la experiencia se vuelve narrable.

Situar en el centro el problema ético y epistemológico que plantean las emociones en el trabajo antropológico, se desborda hacia una discusión sobre la escucha y la prefiguración política de la etnografía relacional. Este es un libro que paralelamente habla sobre lo que significa escuchar antropológicamente, especialmente cuando aquello que se nos cuenta viene cargado afectivamente y atravesado por estructuras abismales de desigualdad y violencia. No se trata, sin embargo, de una forma “mejor” de escuchar, como si las anteriores quedaran canceladas, sino de una forma distinta; que implica una escucha que anticipa otro

tipo de relación con las personas con quienes intentamos dialogar para producir conocimiento. Una escucha que no llega al campo únicamente a buscar información, datos o testimonios, sino que se abre a otras posibilidades de relación que se priorizan en el proceso de producción de conocimiento.

Esta escucha empática –o vulnerable, la llamaría Ruth Behar (1996)– implica dejarse afectar, pero también preguntarse qué hacer con esa afectación. No es sólo una escucha sentimental, sino una escucha que reconoce tres cosas para ser epistemológicamente rigurosa:

1. que el dolor ajeno no es sólo material empírico
2. que quien escucha también se transforma
3. que esa transformación, o afectación debe ser sentida y pensada, no simplemente confesada.

Y esto último es exactamente lo que está ensayando cada capítulo de este libro: cómo en ese senti-pensar la afectación producimos conocimiento fino sobre el mundo social.

Una discusión que Amaranta Cornejo retoma en el comentario final para subrayar la obligación de cuestionarnos qué parte de toda esa afectividad desplegada es realmente significativa para un texto académico y cuál no. Discusión que además se aleja de convertir la afectividad en una receta o mandato de exposición, sino tratarla como una herramienta legítima y potente para preguntarnos sobre el mundo y sobre el problema que tenemos en frente.

### Temporalidades de la violencia y la investigación

Un aspecto particularmente interesante del libro, y que también corre paralelo al texto, es la relación que varios capítulos establecen entre emociones, violencia y tiempo. Muchos de los capítulos se abocan en estudiar formas de violencia que no pueden ser pensadas como acontecimientos espectaculares, visibles o abruptos, sino violencias

lentas, sutiles, sedimentadas, pero profundamente destructivas.

Por ejemplo, los capítulos 5 y 6, de Meztlí Yoalli Rodríguez y de Helena Fabr e respectivamente, permiten pensar la relación de los procesos de deterioro ambiental y despojo territorial a partir de conceptos como: muerte lenta (capítulo 5) y violencias lentas (capítulo 6). Las autoras narran cómo muchas veces la violencia se acumula durante años o décadas; se instala en el paisaje, en el cuerpo y en la vida cotidiana. Una mirada que pone la afectividad al centro se presenta como fundamental para registrar aquello que no siempre es tan aparente o que no puede ser nombrada en la búsqueda del evento notorio. Son los duelos silenciosos, los sufrimientos tácitos, el cansancio, la rabia o la sensación de pérdida lo que permiten a las investigadoras materializar (a veces a partir de las propias sensaciones de su cuerpo) y hacer inteligibles las violencias lentas, pero devastadoras.

Por otro lado, esta relación entre emociones y tiempo no sólo aparece en la construcción del problema de investigación, sino que también parece ser una forma en la  tica de construcción de conocimiento. Esto es particularmente notorio en el capítulo 7 escrito por Arcelia Isbet Suárez, quién narra cómo en el trabajo colectivo de un grupo de mujeres llamado "Entre nosotras" donde las mujeres se juntan para sanar y compartir experiencias de violencia sexual se establece como regla: no juzgar, no aconsejar y no criticar. Esta consigna se puede leer también como una práctica  tica y metodológica de la propia investigadora que sugiere la escucha sin la premura por interpretar, por colonizar la palabra de la otra y sin convertir inmediatamente el dolor en material analítico.

Esto también habla de otros tiempos y otros ritmos para la investigación. No sólo se trata de estudiar otras temporalidades de la violencia, sino también de practicar otra temporalidad académica que permite establecer relaciones más pausadas, más respetuosas de los tiempos emocionales de los otros. Una temporalidad menos extractiva, menos ansiosa por explicar de inmediato, menos obsesionada con convertirlo todo en argumento. A veces, la exigencia  tica es permanecer en la

escucha, no analizar en el momento, no tomar distancia demasiado rápido, no producir objetos demasiado pronto; sino, y como lo anuncian las editoras, atreverse a sentirse y a sentir a los otros como fundamento de compresión en la relación etnográfica. Una práctica epistemológica que toma tiempo.

Plantear las emociones como herramienta epistemológica entonces también propone una transformación en el modo de hacer antropología. Nos invita a pensar que producir conocimiento no es únicamente ordenar información, sino también cuidar los vínculos que hacen posible ese conocimiento. Y el cuidado, como sabemos, requiere tiempo, dedicación y compromiso.

En suma, una de las cosas que más valoro de este libro es que no trata las emociones como algo que debe ser controlado para poder pensar, sino como una vía para pensar mejor. Una antropología más sintiente no es una antropología menos rigurosa, sino una antropología más atenta a la complejidad de la vida social que nos recuerda que la escucha, el cuerpo, el tiempo, la vulnerabilidad y la responsabilidad  tica no son elementos externos al trabajo académico, sino parte constitutiva de él.

### **Cuidados, género y disposiciones afectivas**

Otro de los puntos más sugerentes del libro es la manera en que varios capítulos permiten hacer una relectura de emociones y disposiciones afectivas feminizadas que suelen ser interpretadas de forma negativa, como sumisión, cuando se asocian con las mujeres. Más que confirmar una oposición simple entre subordinación y resistencia, el libro muestra que disposiciones como la resignación, el silencio, la paciencia o el cuidado pueden funcionar, en determinados contextos, como prácticas ambiguas de sobrevivencia, negociación y sostén de la vida.

Históricamente, estas disposiciones han estado ligadas a la opresión de las mujeres y a regímenes emocionales de género que reproducen la desigualdad basada en el género. Estos regímenes emocionales y sus disposiciones asociadas se expresan en expectativas como que las mujeres

deben aguantar, callar, soportar, cuidar sin quejarse y permanecer disponibles para los demás. En ese sentido, la resignación y los cuidados pueden funcionar como mandatos de género. Sin embargo, lo interesante del libro es que no se queda en una lectura plana de estas emociones o prácticas como simple pasividad femenina. Más bien, nos invita a preguntarnos qué hacen las mujeres con esas disposiciones afectivas en contextos donde las posibilidades de confrontación están profundamente limitadas.

En el capítulo 8, de Selene Cruz Pastrana, por ejemplo, muestra cómo la resignación aparece vinculada con estrategias emocionales como el silencio y el discurso sobre la suerte en experiencias de atención materna en hospitales públicos. Desde fuera, estas estrategias podrían leerse rápidamente como sumisión o inacción, pero el capítulo las muestra como formas de navegar un sistema institucional jerárquico, racista y desigual. A partir de estas estrategias las mujeres, en una posición profundamente desigual, evitan daños mayores sobre su cuerpo, construyen discursos inteligibles sobre el funcionamiento de la atención médica y sus posibilidades de acción dentro del margen estrecho que esa institución permite.

Esta discusión se amplía en el capítulo 9, de Alethia Montalvo, donde la autora presenta cómo el alimento y la cocina aparecen como prácticas centrales para sostener la vida de mujeres en situación de desplazamiento forzado. En los albergues, cocinar no es solamente cumplir con una tarea tradicionalmente feminizada, es también una forma de reconstruir vínculos, traer a la memoria los territorios perdidos, compartir el dolor, el miedo, la nostalgia y el desarraigo; y así producir un espacio más habitable en medio de la incertidumbre y la espera migratoria. El cuidado en este capítulo, no se romantiza; es decir, no cocinar o cuidar no se presenta como liberador en sí mismo, sino que permite pensar, como en situaciones de alta vulnerabilidad una práctica históricamente asignada a las mujeres puede convertirse, en ciertas condiciones, en una forma de producir memoria y construir comunidad. El capítulo permite ver cómo el cuidado puede ser al mismo tiempo carga y

mandato, así como estrategia y posibilidad de recomposición colectiva.

Algo similar ocurre en el capítulo 10, de Angélica Yasmin Dávila, sobre mujeres cuidadoras en San Luis Potosí. En este texto el cuidado aparece claramente como un terreno de injusticia: son las mujeres quienes cuidan en soledad, con costos para su salud, sus trayectorias laborales, educativas y personales. No obstante, el capítulo también muestra cómo las mujeres cuidadoras elaboran, reparan y resignifican colectivamente las heridas producidas por la distribución desigual del cuidado. Esto lo muestra a la autora a través del concepto de “emociones justas”, el cual permite pensar el cuidado no sólo como obligación femenina, sino como trabajo práctico, ético-político y afectivo. Cuidar puede ser una forma de subordinación cuando descansa sobre la desigualdad y la sobrecarga de las mujeres; pero también puede ser una práctica desde la cual se sostienen vínculos, se repara la vergüenza, se produce reconocimiento y se afirma la dignidad.

De esta manera, en *Indisciplinar las emociones* se complejiza la relación entre los mandatos de género y los regímenes y disposiciones emocionales generizadas. Lo cual, nos obliga a cuestionar marcos de pensamiento simples en los cuales que estas experiencias se toman directamente como pruebas de inacción, sumisión o pasividad. La resistencia, en este libro, entendida como “la sutileza de la resistencia”, propuesta por Carolina Díaz, se entiende como una estrategia también emocional que recuerda la discusión de Saba Mahmood (2016) sobre el agente dócil sobre el movimiento femenino de piedad islámica en el Egipto de la década de 1990. Mahmood propone pensar la agencia no solo como rebelión o liberación, sino como una capacidad de acción producida dentro de normas, disciplinas y relaciones históricas concretas. En este sentido, los capítulos nos invitan a no confundir subordinación con docilidad absoluta: la resignación, el silencio, la paciencia o el cuidado pueden ser efectos de relaciones de poder; pero también pueden contener tácticas de sobrevivencia, lectura del contexto, protección, negociación y resistencia situada.

Por eso me parece que el aporte del libro no está en decir simplemente que “las mujeres resisten”, sino en obligarnos a mirar con más cuidado las formas ambiguas, silenciosas y emocionalmente complejas en que esa resistencia se produce (algo que es posible al poner el foco en las emociones). No se trata de idealizar sino de lograr reconocer cómo las emociones y prácticas históricamente usadas para disciplinar a las mujeres pueden ser reconfiguradas en contextos concretos como formas de cuidado, memoria, agencia y sostenimiento de la vida.

### Tensiones abiertas

Y una discusión que se retoma en la introducción y que me parece valiosa, sobre todo cuando hablamos de trabajo de campo realizado por mujeres u otros sujetos feminizados en un contexto feminicida, es que cuando tomamos en cuenta la propia afectividad de quién investiga, los miedos y decisiones sobre cómo y dónde se realiza el trabajo de campo, podemos evitar narraciones heroicas y masculinizantes del trabajo de campo antropológico. Es decir, cuando hablamos de una antropología sintiente, implica también reconocer el autocuidado como una estrategia indispensable para investigadoras e investigadores cuyos cuerpos las/os sitúan en un contexto particular de riesgo.

“El cuerpo nunca miente” se sugiere en el libro para abrir la discusión sobre aquello que nos afecta en el proceso de investigación. No obstante, y como una discusión que aún queda pendiente, considero

que tampoco necesitamos discursos heroicos sobre la vulnerabilidad. Es decir, no siempre es fácil dejar que el cuerpo hable, especialmente cuando trabajamos con temas cercanos experiencial y emocionalmente. A veces el cuerpo no solo recuerda: también se protege, se cierra, se tensa, se resiste. Por eso una antropología sensible al cuerpo y a la afectividad también tiene que reconocer los límites, los costos y la vulnerabilidad que eso implica. En el prólogo, Hiroko Asakura lo formula muy bien: colocar las emociones propias como herramienta metodológica permite relaciones más profundas, pero también exige cuidado y autocuidado, porque la escucha atenta y el acompañamiento implican “poner el cuerpo” y también “el corazón”.

La discusión sobre autocuidado y vulnerabilidad permite además señalar una tensión que el libro deja abierta. Muchos capítulos muestran de manera muy convincente cómo la afectividad sostiene resistencia, cuidado, memoria y comunidad. Pero quizá habría sido interesante profundizar también en sus ambivalencias: en el hecho de que las emociones no sólo emancipan, sino que también pueden reproducir jerarquías, idealizaciones o nuevas exigencias morales dentro del campo académico y político. No sólo se trata, entonces, de preguntarse cómo la afectividad abre comprensión y vínculo, sino también cómo puede normar, disciplinar o saturar. Esa tensión, más que una debilidad, me parece uno de los problemas fértiles que el libro permite formular.

### BIBLIOGRAFÍA

- BEHAR, R. (1996). *The vulnerable observer: Anthropology that breaks your heart*. beacon press.
- MAHMOOD, S. (2016). Feminist theory, embodiment, and the docile agent: Some reflections on the Egyptian Islamic revival. En *Readings in the Theory of Religion* (pp. 206-240). Routledge.

### BIODATA

**Rocío Andrea CASTILLO GARZA.** Es profesora investigadora del Programa Investigadoras e Investigadores por México de la SECIHTI. Comisionada al Centro de Investigaciones y Estudios superiores en Antropología Social. Es Doctora en Antropología por el CIESAS, Maestra en Estudios de Asia y África, con especialidad en África por el Colegio de México y Licenciada en Historia por la UNAM. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel I.